

La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)

Joaquim Juan Cabanilles

Servicio de Investigación Prehistórica

La Ereta del Pedregal, junto con otras pocas estaciones prehistóricas valencianas, comparte el privilegio de haber sido dada a conocer tempranamente por Juan Vilanova y Piera, tras visitarla mediado el siglo XIX (Vilanova y Piera, 1879). J. Vilanova la situó en el término municipal de Bolbaite y no en el de Navarrés, al que actualmente pertenece, considerándola una «estación palustre» por su emplazamiento en un «lugar pantanoso y de turbera», como hasta tiempos relativamente recientes ha sido La Marjal de Navarrés, hoy prácticamente desecada. Caída en el olvido, la Ereta fue redescubierta en 1933 por José Chocomeli, quien, patrocinado por el SIP, realizó unos primeros sondeos al año siguiente (1934) e inició en 1942 su excavación, ayudado por los miembros del Servicio Enrique Pla y Salvador Espí (Chocomeli, 1946). Los trabajos se prosiguieron durante casi todo el resto de la década de los 40 (de 1944 a 1948), ahora bajo la dirección de Isidro Ballester y la colaboración en las tareas de campo de José Alcácer, E. Pla y Francisco Jordá (Ballester, 1949a: 77-100; Fletcher, 1961). Después de un paréntesis en los años 50, la excavación se reanudó en 1963, de manera casi continuada hasta 1974, estando al frente de ella E. Pla y colaborando en diversos momentos Enrique A. Llobregat y Vicente Pascual, entre otros (Fletcher, Pla y Llobregat, 1964; Fletcher y Pla, 1966; *La Labor del SIP*, años 1965 a 1974). Con la incorporación de Bernat Martí a la dirección, al lado de E. Pla, se inicia el ciclo más reciente de intervenciones, en 1976, seguido sin interrupción hasta 1982, con una última campaña adicional en 1990 (Pla, Martí y Bernabeu, 1983a; Juan Cabanilles, 1994). Estas cerca de 25 campañas de excavación, repartidas por 4 décadas principales, dan idea de la atención puesta por el SIP en la Ereta, a la cual van ligados los nombres de los miembros y colaboradores más destacados del Servicio.

La historia de la Ereta del Pedregal como hábitat prehistórico es la historia misma de sus interpretaciones en el tiempo, al compás de los trabajos de excavación, sus métodos y la documentación acopiada.

Vista de la Ereta del
Pedregal (Navarrés) con
la zona de excavación
inundada. 1948.
[Placa de vidrio. SIP 3.432]



Desde J. Vilanova y Piera, siempre ha prevalecido la visión de un poblado lacustre, que J. Chocomeli (1946) relacionó con los «steinbergers» suizos o los «crannogs» de Irlanda y Escocia (asentamientos en medios lagunares sobre basamentos de piedras), por lo que la discusión ha solido centrarse en los aspectos culturales y cronológicos. Hasta principios de la década de 1960, como recogían D. Fletcher, E. Pla y E. A. Llobregat (1964), las atribuciones culturales, basadas en las fases de ocupación del poblado reveladas por la estratigrafía, habían basculado entre periodos que iban del Neolítico —antiguo o reciente— al Eneolítico (J. Chocomeli, I. Ballester, F. Jordá), el Eneolítico a secas (Lluís Pericot, Julio Martínez Santa-Olalla), el Eneolítico final o Bronce inicial (E. Pla), o del Eneolítico al Bronce inicial (Domingo Fletcher, Miquel Tarradell). A esta última adscripción cronocultural se adherían los mismos autores tras la campaña de 1963 y los resultados de los trabajos anteriores (años 40), habiéndose mantenido en sus líneas generales hasta tiempos recientes (Pla, Martí y Bernabeu, 1983b).

En la actualidad, y a partir de la reevaluación de los resultados y datos de las excavaciones del periodo 1976-1982, y de la campaña complementaria de 1990, la Ereta se percibe como un poblado desarrollado en tres fases cronológicas sucesivas, atendiendo a sendos episodios en que el hábitat habría experimentado cambios sustanciales en sus acondicionamientos y construcciones en piedra. El inicio de la ocupación parece situarse en el Neolítico final (segunda mitad del IV milenio a.C.), y con ella se relacionan densas acumulaciones de piedras, de mediano y gran tamaño, que se explican como un basamento destinado a aislar el

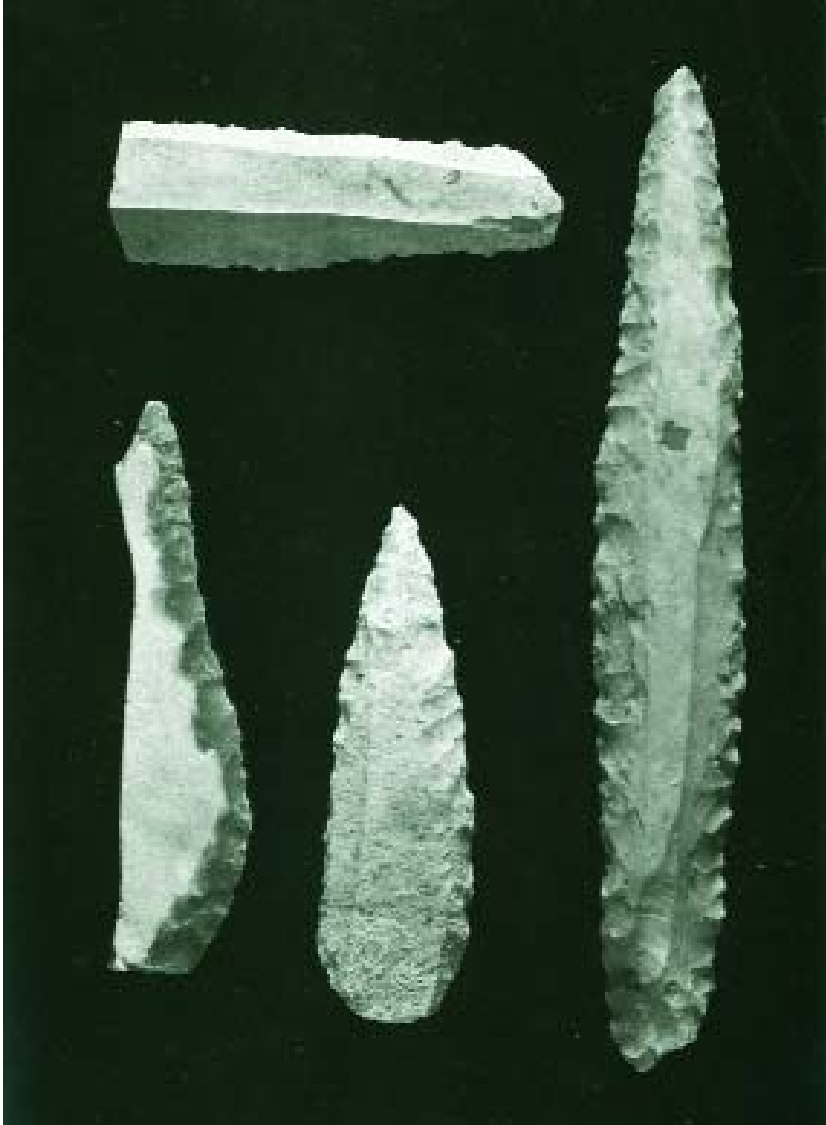
suelo de habitación del subsuelo muy húmedo y poco firme que constituiría en ese instante el lugar elegido para el asentamiento, probablemente una de las orillas de La Marjal. La fase siguiente, ya en el Eneolítico inicial/pleno (primera mitad del III milenio a.C.), viene definida por la erección de unas grandes viviendas de planta alargada, con suelos empedrados, hogares y pavimentos de barro cocho, de las que ha subsistido la base de los muros, fabricados con piedra y tierra y delimitados en sus caras externas por lajas verticales; estos muros son el primer testimonio, en el ámbito valenciano, de la utilización de la piedra en la construcción de recintos domésticos. La fase más reciente, que corresponde al Eneolítico final u Horizonte Campaniforme de Transición (tercer cuarto del III milenio a.C.), la caracterizan nuevas construcciones pétreas, en forma igualmente de muros pero de técnica distinta a los de la fase anterior, levantados a dos caras mediante aparejo regular de piedras en seco, y en forma también de potentes acumulaciones de grandes bloques, con o sin paramentos divisorios, a modo de amplias plataformas. Localizadas estas estructuras en uno de los sectores periféricos del poblado, las de tipo mural parecen pertenecer tanto a viviendas como a un sistema de cierre externo, mientras que las de tipo plataforma, desarrolladas extramuros, se interpretan como posibles «diques» con la finalidad de proteger el espacio habitado en aquellos puntos más amenazados de inundación por la subida del nivel del marjal, circunstancia que habría ido dándose paulatinamente en el transcurso del III milenio y que al final obligaría al abandono del enclave.

La significación de la Ereta del Pedregal, aparte de las estructuras de piedra reveladas y la secuencia cronocultural que han ayudado a precisar —una de las pocas con que se cuenta para la etapa del Neolítico final y el Eneolítico en el marco valenciano—, radica también en la importante colección de materiales y restos exhumados. Parte de estos materiales han ido dándose a conocer en diferentes trabajos temáticos, como es el caso de los ídolos oculados recuperados en las más viejas campañas de excavación (Ballester, 1946), vueltos a estudiar, junto con otros objetos simbólicos y de adorno (cuentas de collar, colgantes, brazaletes, etc.), de hueso y otras materias (piedra verde, pizarra, caliza, conchas marinas y continentales, etc.), y junto con un no menos rico conjunto de utillaje óseo (mangos, punzones, agujas, espátulas, cinceles, cucharas, etc.), por Josep Lluís Pascual Benito (1998). Determinadas piezas metálicas, entre ellas tres hachas planas y una lezna de cobre, recogidas también en las antiguas exploraciones y excavaciones, fueron objeto de un primer análisis espectrográfico por parte de Beatrice M. Blance (1959); posteriormente, José Luis Simón (1998) ha ofrecido el inventario completo de los hallazgos metálicos de la Ereta (hachas, punzones de sección cuadrada, escoplos, hojas de cuchillos o puñales, laminillas, etc.) y nuevos análisis metalográficos.

Ídolo oculado de la Ereta
del Pedregal (Navarrés).
[Casa Grollo. Placa
de vidrio. SIP 63]



Joan Bernabeu utilizó en su momento muestras de adornos (1979), y después de cerámicas (1984), para ilustrar los rasgos tipológicos del Eneolítico valenciano en esos concretos apartados; igual que ha hecho más recientemente Teresa Orozco (2000) con un importante conjunto de objetos de piedra pulida (hachas, azuelas, martillos, pequeños cincelos, etc.), analizando también sus características petrológicas y confirmando —y ampliando a la vez— las primeras determinaciones de procedencia realizadas por María Dolores Gallart y Marcelino Lago (1988), que apuntaban al cercano Cerro Negro de Quesa como zona principal de aprovisionamiento. Otros materiales de la Ereta están en









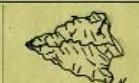

Utensilios de sílex
de la Ereta del Pedregal
(Navarrés).
[Casa Grollo. Placa de
vidrio. SIP 416]

fase de estudio, caso del utillaje de piedra tallada, básicamente en sílex, caracterizado por las grandes hojas-cuchillo y una gran cantidad y variedad de puntas de flecha foliáceas, fabricadas *in situ* como atestigua la no menor cantidad de esbozos y desechos que las acompañan. Testimonio de otras actividades llevadas a cabo en el asentamiento son algunas pesas de telar de cerámica y fusayolas de piedra, además de molinos de mano, molederas y trituradores también de piedra. A todos estos testimonios de la cultura material hay que sumar los abundantes restos óseos de fauna, doméstica y salvaje, analizados por Manuel Pérez Ripoll (1990).

Página del inventario de materiales de la Ereta del Pedregal (Navarrés).

Servicio de Investigación Prehistórica de la Exma. Diputación Provincial de Valencia

Inventario del material arqueológico de *Estación de La Marjal (Navarrés)*
1^{er} Catas Folio 19

Núm.	Objeto	Croquis	Medidas	Referencias	Observaciones
1	Quiebra de flecha		40mm x 17mm	Cata	
2	id		40mm x 17mm	Cata	
3	id		37mm x 19mm	Cata	
4	id		38mm x 20mm	Cata	En depósito en el Museo del Ayuntamiento de Navarra. Fecha: 23-IX-65
5	id		39mm x 23mm	Cata	
6	id		28mm x 31mm	Cata	
7	id		39mm x 20mm	Cata	
8	id		37mm x 19mm	Cata	

La fauna silvestre documentada (ciervo, corzo, cabra montés, jabalí, lince, caballo, etc.) ya da una idea del medio natural que rodeaba a la Ereta en el momento de su ocupación, pero los datos más significativos sobre la paleoecología y el paleoambiente de la zona provienen del análisis de sedimentos del propio yacimiento, realizado por María Pilar Fumanal (1986), y de los análisis de los pólenes que éstos contienen, llevados a cabo primeramente por Josefa Menéndez Amor y F. Florschütz (1961), y luego por Michèle Dupré (1988), información palinológica que ha venido completándose a partir de otros sondeos practicados en el interior de La Marjal de Navarrés (Carrión y Dupré,

1996). La preocupación por los aspectos paleoambientales y económicos, aunque arrancando de antiguo, sería el objetivo prioritario del último ciclo de excavaciones iniciado en 1976, representando en ese momento un pionero programa de estudio interdisciplinar.

En una breve pincelada, la imagen de la Ereta y sus habitantes, tal como permiten reconstruirla todos estos estudios y análisis, quedaría así trazada: instalados en un medio lagunar y un entorno natural relativamente virgen, los ocupantes del poblado, a través de una intensificación continuada de las prácticas de subsistencia (caza, pastoreo, agricultura), habrían contribuido a la transformación de ese entorno en un periodo en que parece manifestarse un cambio también progresivo hacia unas condiciones ambientales de mayor humedad, con la consecuente reactivación hídrica del marjal y la imposibilidad, ya señalada, de permanencia en el espacio de asentamiento.

Desde la publicación de los primeros trabajos, la Ereta del Pedregal ha constituido una referencia obligada a la hora de entender o valorar cualquier aspecto del Neolítico final y el Eneolítico del territorio valenciano. Sus colecciones siempre han estado expuestas en el Museo de Prehistoria, como ejemplo integral de lo que representaría la cultura material neoneolítica, al proceder de un lugar de hábitat o contexto doméstico, frente al carácter selectivo de los ajuares recuperados en las cuevas sepulcrales del mismo periodo.

